

Amor indiferenciado

¿Por qué necesitamos una arquitectura del lenguaje para amar mejor?

Autor: Daniel Andrés Mora Lugo/ *Licenciado en educación e investigador de la condición humana y sus ecosistemas relacionales.*

Fecha de publicación: Octubre 15 de 2026

Versión del documento: 1.01

Resumen

El artículo explora cómo el uso indiscriminado de la palabra “amor” para enunciar experiencias muy distintas puede generar desorden relacional. Por lo cual, el artículo recopila una arquitectura lingüística del amor que distingue entre placer, deseo, apertura, vínculo y dignidad humana, para responder de manera más proporcional y responsable a cada relación.

Palabras clave

Amor Indiferenciado, Cartografía del Amor, Relaciones Humanas, Éros, Philótes, Filía, Ágape, Amor Ontológico, Inteligencia Relacional, Jerarquía Relacional.

Usamos la palabra “amor” para nombrar experiencias radicalmente distintas entre sí. Decimos que amamos una canción, una causa, una pareja y a Dios, de manera indiferenciada, como si todo lo anterior pertenecieran al mismo plano de realidad y jerarquía. Y a primera vista, esto parece una bobada, una elasticidad y economía del lenguaje cotidiano, sin embargo, los efectos de esa “bobada” son más profundos de lo que parecen.

No amamos una canción como amamos a un hijo; ni a una causa como a una pareja; y mucho menos a un paquete de papas como amamos a Dios. Cada experiencia implica una relación distinta con su objeto o persona; una disposición ética y de respuesta completamente diferentes.

Cuando usamos el mismo término para

todo, no estamos ampliando el amor, por el contrario, sin darnos cuenta, lo estamos vaciando de sentido y por ende, a nosotros de orientación.

A este fenómeno lo llamamos **amor indiferenciado**, que hace referencia a usar una sola palabra para nombrar experiencias afectivas y relacionales que pertenecen a rangos diferentes.

El problema lingüístico es relacional

El lenguaje no solo describe la realidad, también la organiza. Las palabras funcionan como mapas que nos permiten distinguir, interpretar y actuar con precisión. Cuando una categoría se vuelve demasiado amplia, pierde esa función, porque cuando algo es cualquier cosa, no es nada.



El problema del amor indiferenciado no consiste en que el amor tenga muchas expresiones, sino en tratarlas como equivalentes. Cuando eso ocurre, perdemos la capacidad de reconocer lo que estamos viviendo, qué relación tenemos enfrente y por lo tanto, cómo debemos responder. Comenzamos a entregar, esperar o tolerar cosas que no se sincronizan con el tipo de relación correspondiente. Tratamos a las personas como si fueran cosas o a las cosas como si fueran personas.

Por eso, distinguir ¿Qué tipo de amor es este? no es una disección fría, es un ejercicio de responsabilidad.

Cartografiando el amor

A lo largo de la historia, cuando una experiencia es decisiva para la vida humana, la cultura produce categorías cada vez más sofisticadas para comprenderla. Esto ha ocurrido con el conocimiento, la ética, las emociones y en varios momentos, con el amor.

Los griegos antiguos lo entendieron y en lugar de usar una sola palabra para aprender diferentes planos fenomenológicos de un mismo algo, desarrollaron varios significantes para describir su heterogeneidad.

¿Qué significa esto? Que crearon diferentes palabras para mencionar distintos estados de la materia.

Lo que sigue no es una lista de amores mejores o peores, sino un atlas para navegar las diferentes formas en que este aglutinador de la realidad, que es el amor, ocurre; y las respuestas específicas que se nos solicitan frente a cada manifestación.

El otro no empieza a valer cuando nos produce algo, sino que su valor antecede cualquier beneficio que pueda ofrecernos.

Amor ontológico, el fundamento

Al valor intrínseco que posee y le damos a una persona por el simple hecho de existir, le llamamos amor ontológico. Este tipo de amor precede al deseo, al placer o cualquier vínculo afiliativo. No es una emoción ni un impulso sino una concordancia con la dignidad del ser humano antes de cualquier utilidad, desempeño o reciprocidad. Es decir, el otro no empieza a valer cuando nos produce algo, sino que su valor antecede cualquier beneficio que pueda ofrecernos.

Este reconocimiento tiene una definición filosófica precisa. Immanuel Kant, en su *Fundamentación De La Metafísica De Las Costumbres*, enunció lo que llamó la fórmula de la humanidad, la cual es **una invitación a tratar a cualquier persona siempre como un fin y nunca como un medio** (Kant, 1785/1993).

Para Kant, la dignidad no es algo que se gana ni se pierde, es inherente a la condición fundante del ser humano y antecede cualquier valoración contingente.

Por lo cual, este nivel no es una categoría junto a las demás, es LA CATEGORÍA que establece la base desde la cual todas las demás formas del amor se ordenan éticamente.

Hedoné (ἡδονή): el placer que disfruta

Hedoné pertenece al plano del disfrute, el gusto y la gratificación inmediata. Está presente cuando algo nos agrada, nos estimula o nos genera bienestar. No es negativo en sí mismo, una vida humana sana necesita estas experiencias, pero cuando Hedoné se desborda, se confunde o secuestra el lugar del amor completo y las personas empiezan a ser tratadas como fuentes de gratificación y se descartan cuando dejan de producir placer, y a eso

se le llama amor, —bueno—, en ese momento tenemos una desalineación.

Hedoné nos permite decir “*esto me gusta*” o “*esto me hace sentir bien*”, pero aún no llega a generar un compromiso lo suficientemente robusto que nos permita decir “*estoy dispuesto a cuidar*” o “*estoy dispuesto a permanecer*”.

Pasar de “*me gustan las papas fritas*” a “*amo las papas fritas*” puede parecer inofensivo, incluso gracioso, pero que Hedoné ocupe un lugar que no le corresponde o que se eleve más allá de su propia métrica tiene consecuencias reales, incluso en lo lingüístico.

Las palabras se gastan por uso indiscriminado, y cuando la palabra —amor— se relaciona indistintamente con una hamburguesa y una persona, pierde su capacidad, como lo hemos dicho, de señalar algo específico. Lo que se infla se vacía, y una palabra vaciada no puede orientar la conducta ni sostener el peso de lo que realmente importa. Por eso, cada vez que usamos la palabra “amor” para nombrar un placer sensorial la desgastamos un poco más.

Esta ingenuidad lingüística, que se refiere sistemáticamente a experiencias de placer haciéndolas pasar por “amor”, entrena, de manera silenciosa una lógica particular: la de que amar es, en el fondo, disfrutar. Y desde esa lógica, damos un paso en corto hacia tratar a las personas con la misma disposición con que nos relacionamos con lo que consumimos.

Éros (ἔρως): el deseo que impulsa

Éros es tensión, atracción, movimiento hacia aquello que aparece como bello, valioso o prometedor. No se reduce a lo sexual, aunque lo incluye. A diferencia de Hedoné, Éros

introduce dirección, no solo disfruta, sino que se mueve hacia algo o alguien. Pero Éros, tampoco es vínculo todavía, ya que puede ser unilateral, aparecer sin conocimiento profundo del otro y tiende a proyectar expectativas o fantasías no elaboradas sobre el sujeto de deseo.

Muchas heridas relacionales comienzan cuando alguien interpreta el deseo de Éros como promesa de vínculo, cuando confunde el —te deseo— con —el te amo para afiliarnos—. Éros puede ser real sin ser responsa-

ble, puede ser intenso sin ser profundo y puede ser sincero sin estar orientado a construir.

Philótes (φιλότης): la fuerza invisible que une

El filósofo presocrático Empédocles describió Philótes como una fuerza ordenadora de cohesión, aquello que une lo separado y permite la aparición de formas más complejas. Por lo tanto, Philótes, trasladado al campo relacional nombra la potencia naciente del vínculo, el momento en que el otro empieza a ser contemplado en el panorama, ya no sólo como sujeto de deseo erótico, sino como alguien que despierta apertura, afinidad, posibilidad de encuentro genuino dentro un proyecto relacional estructurado y sostenido para el largo plazo.

A diferencia de Éros, que es impulso primal y puede ser unilateral, Philótes introduce mayor resonancia y disposición al cuidado del corazón en sus dimensiones más profundas junto con una tendencia hacia la mutualidad, el servicio y la reciprocidad edificadora de un hogar; aunque todavía sin garantías.

Philótes no es un nexos consolidado, es



potencial vinculatorio. Puede convertirse en relación si se encarna en actos, tiempo y responsabilidad, pero también puede también disiparse sin dejar estructura real.

Una de las confusiones más frecuentes del amor indiferenciado consiste precisamente en creer que Philótes ya es Filía, que la afinidad ya es relación, que la posibilidad ya es realidad; que ya “amamos” a alguien que acabamos de conocer cuando en realidad es —*siento Philótes por esta persona*—, —*siento una fuerza que me invita a vincularme de manera más organizada con esta persona*—.

Filía (φιλία): el vínculo que se construye

Filía nombra el amor interpersonal construido con esfuerzos, compromiso y reiteración. Es el amor de la alianza que se vuelve habitable porque se han entregado y recibido sacrificios que se transforman en confianza, lealtad y respeto. **Es el amor de las relaciones afiliativas que compar-ten simetría de valores, objetivos y competencias sostenidas a lo largo del tiempo.**

Aristóteles le dedicó dos libros completos en su *Ética* a Nicómaco, considerándola indispensable para una vida plena.

A diferencia de Philótes, Filía **no es apertura, es estructura**. Requiere historia compartida, actos repetidos, habilidades relacionales y equivalencias consistentes. Por eso la Filía es condicional, no en un sentido utilitario, sino en el sentido de que todo vínculo interpersonal necesita premisas para existir y sostenerse como la confianza, la atención de necesidades, la verdad, los límites, etc. Cuando esas condiciones se deterioran, el vínculo también lo hace. La Filía nos recuerda que

amar interpersonalmente no es abrir la puerta de nuestra vida sin criterio, es construir una relación donde el otro puede habitar porque hay requisitos suficientes para ello.

Ágape (ἀγάπη): la orientación ética hacia el bien del otro

Ágape nombra una forma de amor orientada al bien del otro que no depende de la recompensa, el deseo, la afinidad ni la reciprocidad perfecta. Es una decisión ética —buscar el bien de alguien porque su existencia posee dignidad inherente—, y en ese sentido, Ágape se apoya directamente en el amor ontológico. Cuando el amor ontológico afirma “*tu existencia tiene valor*”, Ágape responde “*por eso deseo tu bien*”.

Ágape debe comprenderse con cuidado, ya que no es autoabandono ni sacrificio ciego; es donación con discernimiento. A diferencia de la Filía, no requiere intimidad profunda ni contrato relacional explícito ni recíproco; puede expresarse hacia un desconocido o hacia alguien con quien no

conviene construir una relación cercana, ya que **amar agápicamente** consiste precisamente en desearle el bien del otro, independiente de si le damos acceso o no a nuestra intimidad, o si construimos una relación afiliativa con esa persona o no.

Ágape no es exclusivo de los vínculos transpersonales, también es indispensable, en dosis precisas, dentro de cualquier relación filial. Sin una base agápica, la Filía corre el riesgo silencioso de quedar reducida a un intercambio de gratificaciones mutuas sostenidas únicamente mientras el otro confirma, satisface o corresponde a nuestras expectativas.

Sin una base agápica, la Filía corre el riesgo silencioso de quedar reducida a un intercambio de gratificaciones mutuas sostenidas únicamente mientras el otro confirma, satisface o corresponde a nuestras expectativas.

Cuando Ágape está ausente en las relaciones de Filía, el otro deja de ser reconocido en su valor primigenio y empieza a funcionar como objeto, —objeto de Hedoné— cuando produce placer, —objeto de Éros— cuando despierta deseo, —objeto del Ego— para satisfacer necesidades y expectativas.

La diferencia entre una relación que dignifica y una que consume no siempre está en la intensidad del afecto, sino en —si hay o no hay— un reconocimiento previo de que el otro vale por quien es, no por lo que produce. Ágape, en ese sentido, no reemplaza a la Filía ni la hace innecesaria, la precede y la complementa. Nos recuerda, en los momentos de conflicto, de decepción o de distancia, que el otro sigue siendo un fin en sí mismo, no un medio que ha dejado de cumplir.

Una arquitectura, no una lista

Estos órdenes no son intercambiables, cada uno cumple una función particular dentro de la arquitectura del amor y pertenecen a planos específicos que exigen respuestas proporcionales. El desorden acontece cuando a una de estas formas le damos un lugar que no le corresponde.

Cuando Hedoné ocupa el centro, la relación se vuelve consumo.

Cuando Éros se confunde con compromiso, el deseo se convierte en una promesa que no se puede cumplir.

Cuando Philótes se confunde con Filía, el —puede llegar a ser— se confunde con realidad.

Cuando Filía se absolutiza, se exige permanencia donde no existen las condiciones para sostenerla.

Cuando Ágape se deforma, la entrega se convierte en autoabandono.

Y cuando falta amor ontológico, el otro deja de ser reconocido como persona y empie-

za a ser valorado únicamente por su utilidad o su rendimiento.

Nombrar mejor para amar mejor

Por lo tanto, **el amor indiferenciado** nos deja sin brújula, nos hace llamar amor a experiencias que no exigen lo mismo, no construyen lo mismo y no deben recibir el mismo tipo de trato. Hacer esta diferenciación nos torna más responsables, porque al saber qué estamos viviendo y qué se demanda de nosotros en cada relación, nos permite responder de manera razonable, ética y consciente a ellas. Cada persona, cada vínculo y cada experiencia reciben el trato que realmente les corresponde. Y si estamos hablando de amor debemos respetar el lugar de quienes amamos y eso empieza, por dejar de ponerles con nuestras palabras en el mismo lugar de las papitas fritas.

Referencias

- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, Libros VIII–IX.
- Empédocles. *Fragmentos de Sobre la naturaleza* (Diels-Kranz, 31 B).
- Kant, I. (1785/1993). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (trad. H. J. Paton). Hackett Publishing.